

dido, gran aliado del conocimiento científico. El marketing ha sido una vez más impecable, como siempre. La imagen, procedente de la *Utopía* de Moro y que mantiene cierta semejanza con el llamado mapa de Nuremberg de 1524 —que representa el Golfo de México y la antigua ciudad de Tenochtitlán— nos hace pensar que los escenarios de la ciencia moderna fueron otros de los que no estamos acostumbrados a contemplar. Por su parte, el título también genera en el lector el entusiasmo de leer algo diferente, con nuevos actores. ¿Es esto tan solo un espejismo? El lector sabrá discernir mejor que el autor de esta reseña si la historia de la ciencia moderna ha comenzado ya a navegar por otros mares, por extraños que estos parezcan. ■

Antonio Sánchez

orcid.org/0000-0001-8323-634X

Centro Interuniversitário de História das Ciências e da Tecnologia (CIUHCT)

Universidade de Lisboa

Sandra Sáenz-López Pérez. Los mapas de los Beatos. La revelación del mundo en la Edad Media. Burgos: Siloé; 2014, 347 p. ISBN 978-84-941991-0-3. € 162,28.

Desde que en los años 80 David Woodward y otros especialistas en cartografía histórica insistieron en la interdisciplinariedad necesaria para el desarrollo de la historia de la cartografía y, particularmente, en los vínculos de su disciplina con la historia del arte, el campo ha experimentado una gran transformación (en palabras de R. Talbert y R. W. Unger, *Cartography in Antiquity and the Middle Ages: fresh perspectives, new methods*. Leiden: Brill; 2008). La historia de la cartografía ha ido más allá, superando los planteamientos inspirados por Woodward en muchos aspectos, entre ellos, estableciendo que la disciplina no sólo debe interrelacionarse con la historia del arte, sino con la de la política, la intelectual, y en general con la historia de la cultura en sentido amplio, situando los mapas como productos culturales de períodos y lugares específicos.

En la encrucijada entre los dos principales acercamientos tradicionales a los mapas medievales, el del historiador del arte y el del historiador de la ciencia, específicamente de la cartografía, Sandra Sáenz-López Pérez plantea su estudio sobre los mapas del mundo incluidos en la obra de Beato de Liébana *Comentarios*

al Apocalipsis. El objetivo del trabajo es simple, si bien no especificado: el análisis detallado de estos mapas como ilustraciones, y de cada uno de los elementos representados, con un énfasis claro en la perspectiva de la historia del arte.

La obra comienza con una breve introducción histórica en la que se presentan las pocas noticias con que se cuenta acerca de la figura de Beato de Liébana y sus obras, con el objetivo de situar la obra en la que se encuentra incluido el mapamundi objeto de estudio, el *Comentario al Apocalipsis*, en su contexto histórico de un modo breve y sencillo, más dirigido al lector del público general que al profesional. Sin embargo, se incluyen también referencias, aunque breves, a la historiografía existente sobre Beato y su obra. La motivación del *Comentario* se relaciona con el contexto religioso en la península ibérica después del concilio de Toledo de 633, con la condena de la herejía adopcionista —en la crítica a la cual estuvo Beato involucrado— y en el ambiente milenarista de la época. En este breve repaso se introducen los distintos manuscritos conservados del *Comentario*, las fechas de producción de cada uno de ellos y la organización establecida por los investigadores de los diversos manuscritos en distintas familias.

El contexto cartográfico de la obra se plantea en el primer capítulo, en el que se hace un repaso general a los tipos de mapas medievales entre los siglos VIII y XIII. En este resumen de características de los distintos grupos de mapas —los esquemáticos con el mundo dividido en tres partes (de T en O y otras divisiones), los de las divisiones en zonas climáticas, los propios de las *Etimologías* de Isidoro de Sevilla, los mapas ingleses de los siglos XI y XII— la autora realiza una descripción sumaria de algunos de los mapas más representativos de cada grupo, en un apartado más atractivo para el público general que para el académico especialista. La descripción, aun así, queda justificada porque uno de los objetivos de la obra pretende establecer como grupo aparte entre los mapas medievales los del corpus de los *mappaemundi* de los Beatos, como categoría propia.

Estos dos capítulos generales conducen al verdadero objeto del estudio, en el que destacan como temas centrales la clasificación de los catorce *mappaemundi* de los Beatos, conservados en manuscritos iluminados de distintos siglos, en diversas familias según sus características, creando a partir del *stemma* de los manuscritos una genealogía de los mapas, coincidente con ella. Las características en que se basa la división del corpus en tres familias se centran en los topónimos, las ilustraciones de determinados elementos (el Paraíso, Jerusalén, los elementos hidrográficos, los montes, las islas, las ciudades...), y la relación entre ellos. Este es el apartado del libro en que la indudablemente cuidada edición muestra en todo su esplendor la reproducción a todo color y a doble página de

cada uno de los mapas de cada manuscrito conservado de la obra de Beato de Liébana. La edición está sin duda concebida para atraer a un público amplio. Un acierto de la edición es la reproducción de detalles de cada uno de los mapas a modo de notas marginales, junto al texto en que se van analizando los distintos elementos, con referencias cruzadas a los mapas completos, enriqueciendo la discusión académica. La parte fundamental de la obra son, sin lugar a dudas, los capítulos centrales, en los que la autora procede a describir con todo detalle cada componente de los mapas, desde la forma de la tierra, la división del mundo en cuatro partes, hasta los elementos concretos, mares, ríos, montes, ciudades, islas, fauna y vegetación. La riqueza descriptiva de estos apartados los convierte en la aportación más significativa de la obra, junto con la genealogía mencionada. El énfasis de la descripción se encuentra en la cuestión artística: la riqueza iconográfica de los mapas, el uso de colores y las técnicas artísticas. Se considera también el posible origen de cada elemento y del modo en que aparece en cada mapa, tomando los textos clásicos de Paulo Orosio y de Isidoro de Sevilla, como principales referencias, con otras obras de descripción geográfica y corográfica, más en la tradición de Estrabón y Pomponio Mela que en la de Ptolomeo. De este modo se va solidificando la clasificación en familias previamente establecida, a partir de diversos elementos que aparecen en cada subgrupo de *mappaemundi* de los Beatos de un modo particular.

El texto está salpicado en distintos lugares de breves referencias a los debates historiográficos relacionados con las cuestiones mencionadas: acerca de las familias y la genealogía de los mapas, acerca de la datación de algunos de ellos, acerca de elementos específicos en ellos, como la centralidad de la ciudad de Jerusalén.

Lo que se pone de manifiesto en la conclusión es que uno de los objetivos principales de la autora, el objetivo quizá más propio de la investigación que la simple descripción de los elementos, era la reconstrucción del posible mapa original, el arquetipo, que formaba parte del manuscrito inicial de Beato del año 776, y la evolución de la imagen del mundo representada en él y en los distintos mapas según las familias establecidas. Este es el motivo central de la conclusión, que refleja el debate historiográfico y en el que se ponen de manifiesto los resultados de la obra.

Si otros objetivos posibles, como una explicación más profunda del contexto cultural y religioso y su implicación en la producción de las imágenes, la definición de elemento cartográfico, la discusión historiográfica anti-teleológica y posibles preguntas a las fuentes distintas de las planteadas, que el especialista podría considerar, se dejan de lado en favor de los aspectos mencionados, por otra parte es necesario destacar que los capítulos centrales con la descripción detallada de

los elementos, y la conclusión mencionada, hacen de *Los mapas de los Beatos* una obra muy interesante vista y concebida con esos objetivos en mente. ■

Tayra M. C. Lanuza Navarro

orcid.org/0000-0003-0118-0827

Institut d'Història de la Medicina i de la Ciència «López Piñero»
Universitat de València

Timothy Miller and John Nesbitt, eds. *Walking corpses. Leprosy in Byzantium and the Medieval West*. Ithaca and London: Cornell University Press; 2014, 243 p. ISBN 9780801451355. \$ 35 (Hardback).

In the last three decades, the history of leprosy in Europe and the Mediterranean has been characterized by two main questions: the identification of the illness, and its medical treatment. After Gerhard Hansen's discovery of the *mycobacterium leprae* in 1873, leprosy was renamed as Hansen's disease. Although historians have long since identified Hansen's disease with the illness which ancient and medieval sources describe as leprosy, scholars have now questioned this identification. The Hebrew, Greek and Latin terms traditionally associated with leprosy, were used to denote also other illnesses. Terminology was not the only source of confusion. Another important source, in fact, was Michel Foucault's use of medieval leprosy in defining his theory of the interlocking of power and knowledge in modern Europe. In *Folie et draison* (1961) and *Surveiller et punir* (1975), Foucault stressed the analogies and links between leprosy and madness in Western history. According to Foucault, both illnesses were seen as signs of divine justice or mercy. Madmen and lepers were objects of fears and social repulsion, and were separated from the society of the wealth. At the end of the Middle Ages, therefore, leprosariums provided the structures of exclusions for pores, vagabonds, criminals, and finally madmen. Consequently, Foucault maintained that like modern mental hospitals, medieval leprosariums were designed for separation rather than cure.

Walking corpses is an important contribution to the historical study of leprosy. It helps to free the field from the confusion originated by the naive use of modern terminology and the superposition of Foucaultian paradigms over a historically complex reality. Comparing Western European and Eastern